

SITUACION Y PERSPECTIVAS DEL CLERO NATIVO EN AMERICA LATINA

Antonio González
Dorado

Sacerdote jesuita, filósofo y teólogo. Rector de la Facultad de Teología de Granada en España. Español.

Es este un tema que nos invita a acercarnos y a reflexionar sobre un aspecto de la realidad de las Iglesias de América Latina que considero vital, abierto a horizontes esperanzadores, pero simultáneamente enfrentado con *exigentes desafíos*, a los que se debe responder con audacia y creatividad evangélicas.

Cuando en 1983, Juan Pablo II proclamaba ante los Obispos de América Latina el proyecto de una Nueva Evangelización, subrayaba que el primer presupuesto fundamental para desarrollar dicho emprendimiento

"se refiere a los ministros ordenados. Al terminar su medio milenio de existencia y a las puertas del tercer milenio cristiano, la Iglesia en América Latina necesitará tener una vitalidad que será imposible si no cuenta con sacerdotes numerosos y bien preparados. Suscitar nuevas vocaciones y prepararlas convenientemente en los aspectos espiritual, doctrinal y pastoral

es, en un obispo, un gesto profético. Es como adelantar el futuro de la Iglesia. Os encomiendo, pues, esa tarea que costará desvelos y penas, pero traerá también alegría y esperanza”.

Con estas palabras el Papa recogía dos necesidades básicas de las Iglesias latinoamericanas: el incremento de los sacerdotes nativos y el impulso de una adecuada formación de los seminaristas. Sobre estos dos puntos voy a centrar mis reflexiones en esta comunicación.

Para proceder con una mayor claridad divido el tema en cuatro momentos: En primer lugar, analizaremos la situación actual de las vocaciones en América Latina. Segundo nos acercaremos a los problemas que plantea una formación de los seminaristas, teniendo en cuenta las exigencias de la Nueva Evangelización. Tercero, afrontaremos las dificultades que conlleva la exigencia de una formación inculturada, dada la diversidad de culturas que conviven en el continente. Por último, haremos una referencia a los problemas que se les plantean a los formadores de los seminarios para poder cumplir satisfactoriamente su misión.

1. VOCACIONES NATIVAS Y SACERDOTES EN EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

1.1. Incremento de las vocaciones en América Latina

Cuando en 1968, los Obispos de América Latina, reunidos en Medellín, analizaban la situación de la Iglesia en los diversos pueblos del continente, destacaban que

“como causa global de la insuficiencia pastoral en América Latina mucho se trae a cuenta la escasez numérica de los presbíteros, más aún cuando se la pondera en relación con el crecimiento demográfico. Esto es verdad, a pesar de la generosa integración de presbíteros de iglesias hermanas y a pesar de que no pocas familias religiosas procuran establecer fundaciones en zonas no suficientemente provistas de clero diocesano” (DM “Sacerdotes” 3).

Once años después, en la Conferencia General celebrada en Puebla, los Obispos volvían a insistir en que “el crecimiento demográfico ha desbordado las posibilidades actuales de la Iglesia para llevar a todos la Buena Nueva. También por falta de sacerdotes, por escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, por las deserciones producidas” (DP 78).

Al inicio de dicho encuentro, Juan Pablo II recogía el mismo hecho y la misma preocupación:

"En la mayoría de vuestros países, no obstante un esperanzador despertar de vocaciones, *es un problema grave y crónico la falta de las mismas*. La desproporción es inmensa entre el número creciente de habitantes y el de agentes de la evangelización. Importa esto sobremanera a la comunidad cristiana. Toda comunidad ha de procurar sus vocaciones, como señal incluso de su vitalidad y madurez. Hay que reactivar una intensa acción pastoral que, partiendo de la vocación cristiana en general, de una pastoral juvenil entusiasta, dé a la Iglesia los servidores que necesita" (AAS LXXI p. 204).

Pero, durante estos últimos años, se ha originado un importante y constante incremento de las vocaciones nativas para el sacerdocio. Sólo voy a recordar los cambios que se han producido en los seminarios y más específicamente, en los alumnos de filosofía desde 1976 hasta 1988:

ZONAS DE A. LATINA	AÑO 1976	AÑO 1982	AÑO 1988
Antillas	490	655	975
A. Central	3.197	4.665	6.866
Sudamérica	6.663	11.959	16.232
TOTAL	10.350	17.279	24.073

Nos encontramos que, durante estos doce años, la población de seminaristas mayores latinoamericanos se ha multiplicado por 2.32, es decir, la vemos ampliamente duplicada. El fenómeno aparece mucho más significativo si se tiene en cuenta que, durante el mismo período, en toda la Iglesia universal, el incremento sólo alcanza un 52.68%, y en Europa un 21%.

Personalmente soy testigo de que en 1981, cuando se me encomendaba el Seminario Mayor del Paraguay, los seminaristas de las diferentes diócesis y prelaturas eran 107, cuando lo dejaba en 1988, eran casi 180. De dicho conjunto se han ordenado ya 55 sacerdotes, lo que supone algo más de un 30% de incremento en el clero diocesano paraguayo.

En 1979, los Obispos afirmaban en Puebla que "hay en los últimos años un sensible aumento de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, aunque todavía insuficiente para las necesidades propias y el deber misionero con otras Iglesias más necesitadas" (DP 850). Con mayor seguridad podrán confirmar su opinión en el próximo encuentro de Santo Domingo en 1992.

Si Juan Pablo II ha cualificado a América Latina como el continente de la esperanza, también en el campo de las vocaciones podemos descubrir a sus Iglesias como las Iglesias de la esperanza.

1.2. Las vocaciones como signo de la maduración de las Iglesias latinoamericanas

Pero, debemos preguntarnos por qué se ha dado este incremento de las vocaciones sacerdotales durante estos últimos años. ¿Hay que atribuirlo exclusivamente al desarrollo de una acertada pastoral vocacional, o se debe a causas más profundas en las que queda injertada dicha pastoral?

Mi opinión personal es que la pastoral vocacional, desplegada durante estos años, ha sido un factor muy importante y, en general, ha sido impulsado con entusiasmo y acierto. Podemos recordar, a manera de ejemplo, los Congresos que sobre este sector se han celebrado tanto a nivel continental como en las diferentes naciones. Pero, creo que podemos encontrar fundamentos mucho más sólidos, que explican el impulso y la fuerza de la actual pastoral vocacional.

Dos fenómenos adquieren especial relieve: la decisión descolonizadora de las Iglesias latinoamericanas, y su acelerado proceso de maduración interna y original durante estos años. La situación de la dependencia neocolonial, en la que se encontraban las naciones de América Latina, se hace conciencia en todo el continente a partir de 1945, al término de la segunda guerra mundial, cuando se ha firmado la distribución del planeta entre los grandes imperios vencedores. Es un acontecimiento mundial, no eclesial, que incide en el ámbito latinoamericano, donde comienza a desarrollarse la teoría de la dependencia, que explica la historia y la situación de sus pueblos, y donde comienzan a articularse los movimientos de liberación, tanto de los sectores populares, como de las naciones y de todo el continente. El fenómeno tuvo una incidencia temprana y privilegiada en las iglesias de América Latina.

El año 1955 es crucial para la historia eclesial latinoamericana. Se celebra la Conferencia de Rio de Janeiro, donde se constituirá el CELAM, testimoniando simbólicamente a todo el continente que su futuro implica como punto de partida la superación de su desintegración interna y el encuentro de todos sus sectores sociales, étnicos y nacionales en una unidad solidaria. Todavía continúa siendo un desafío para los pueblos latinoamericanos, el camino iniciado por la Iglesia hace treinta y cinco años.

En este encuentro se comenzaron ya a abordar, como aparece en las conclusiones, los grandes problemas eclesiales y humanos del continente, sin olvidar el tema de la promoción de las vocaciones nativas.

Los años siguientes se caracterizan por un despertar de diversos movimientos que manifiestan el inicio de la descolonización eclesial y la toma de conciencia de la originalidad y autonomía de estas iglesias.

La celebración del Concilio Vaticano II y el discurso de Pablo VI a los Padres Conciliares procedentes de América Latina constituyeron un momento privilegiado para una ulterior maduración interna, que cristaliza en la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín, en 1968, y en el encuentro de Pastoral Indígena tenido en Melgar.

Por vez primera, los Obispos de América Latina, diseñan el modelo de Iglesia que pretenden construir en el continente:

"Esta Conferencia Episcopal recomienda que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres" (DM "Juventud" 10).

Tres movimientos comenzaron a desarrollarse y a consolidarse a partir de este momento. El primero la conexión con los movimientos de liberación, originándose la autóctona Teología de la Liberación, que tanta resonancia ha tenido a niveles mundiales. Segundo, la opción preferencial por los pobres, con los consiguientes proceso de inserción y con el surgimiento de la Teología de la Religiosidad Popular. Tercero, la promoción de las Comunidades Eclesiales de Base, desencadenando, con la expresión de Leonardo Boff, una novedad eclesiogenética de incalculables consecuencias para la vida y configuración de la propia Iglesia.

Dentro de este dinamismo comienza a surgir una Iglesia de cristianos comprometidos, de héroes y de mártires, que hoy despierta la admiración no sólo de las otras iglesias del mundo sino también de toda la humanidad. Con sus problemas y sus dificultades, con sus tensiones internas, con sus aciertos y sus desaciertos, no podemos negar que otra vez se ha dado el acontecimiento de Pentecostés, pero en esta ocasión en las tierras de América Latina. Con razón Juan Pablo II la ha definido como Iglesia de la Esperanza para toda la humanidad.

En este contexto de definición, maduración y testimonio de unas iglesias particulares desde su propia interioridad y originalidad, es donde hay que situar el incremento de las vocaciones sacerdotales y el éxito de

la pastoral vocacional. El llamamiento de Jesús aparece ante los jóvenes no atemporal y abstracto, sino encarnado en un modelo y realidad de Iglesia que sintoniza con su fe, con su cultura, con los problemas de su pueblo y con sus propias aspiraciones generosas. Los jóvenes descubren que siguiendo a Jesús pueden servir integralmente a sus hermanos en las actuales circunstancias.

Lógicamente, los agentes de pastoral vocacional han sabido también asimilar en su actividad específica esta nueva realidad contextual de la Iglesia latinoamericana.

1.3. El nuevo contexto eclesial como ambiente de formación sacerdotal

La nueva realidad eclesial latinoamericana no sólo se constituye en impulsora de vocaciones, sino también en instrumento o ambiente privilegiado para el discernimiento y la formación de los candidatos al sacerdocio.

Como decía el Documento de Puebla,

"La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su vocación de sacramento, trata de ser más y más un signo transparente o modelo vivo de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de la Encarnación nos enseña que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen. América Latina también necesita tales modelos" (DP 272).

Ese modelo es especialmente necesario para el seminarista. La formación necesita una imagen de referencia cercana y tangible. Y es la que aparece ante los candidatos en América Latina en su contacto y cercanía con las Comunidades Eclesiales de Base, mayoritariamente integradas por pobres, y en las figuras preclaras de Mons. Oscar Romero y de tantos hombres y mujeres que han fecundado con su sangre cristiana las tierras del continente.

Los mismos seminarios se encuentran cuestionados en su realización existencial por el modelo de Iglesia propuesto por Puebla:

"Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu de Buen Pastor. Donde se viva en actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo,

donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre" (DP 273).

De esta manera, el mismo seminario se constituye para los seminaristas en un desafío inmediato y trascendente para la Iglesia y para su pueblo: transformarse en fermento y semilla cualificado de la nueva Iglesia que está naciendo, y en modelo analógico de la nueva sociedad a la que aspira el pueblo en su lucha por un mundo más justo y solidario.

2. FORMACION DE SACERDOTES PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Importante y con excelentes resultados es la promoción de vocaciones que se está desarrollando en la mayoría de los países americanos. Es de incalculable valor el nuevo ambiente eclesial que rodea a los seminarios y casas de formación. Pero todo el proceso formativo que ha de desarrollarse ha de ser coherente con el gran proyecto, con el que este momento se han de sentir comprometidas todas las Iglesias: la Nueva Evangelización, que tiene como objetivo una Iglesia nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión.

Juan Pablo II, en su discurso de Haití, indicaba que no sólo se trataba de conseguir numerosos sacerdotes, sino también que estuvieran bien preparados "en los aspectos espiritual, doctrinal y pastoral", y lógicamente preparados para poder enfrentar evangélica y presbiteralmente los grandes desafíos del presente y del futuro.

Nos introducimos en uno de los grandes problemas que han de encontrarle solución los seminarios de América Latina.

2.1. Formación sacerdotal en el espíritu y las orientaciones de Puebla

Durante siglos la formación en los seminarios de América Latina fue impartida conforme a modelos y orientaciones que se encontraban presididos por el principio de homogenización que regía en toda la Iglesia universal. El sistema era marcadamente europeo e inspirado en los grandes autores y teólogos de la metrópoli. Por eso, durante los años posteriores al Concilio se ha escuchado con frecuencia que se trataba de una formación colonizadora, alimentada con textos de lejana procedencia y frecuentemen-

te acompañada por formadores extranjeros o formados en universidades romanas.

Considero que tres son las características fundamentales que han de animar la formación de los seminaristas en América Latina.

La primera es general a todos los seminarios de la Iglesia universal. Como se indicaba en el *Optatam totius* y posteriormente en las Normas Básicas de la Formación Sacerdotal,

“el seminario tiende a que se cultive más clara y plenamente la vocación de los candidatos y a que se formen verdaderos pastores de almas a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, y se preparen para el ministerio de enseñar, santificar y regir el Pueblo de Dios” (OT 4; NB 20).

Pero, en el documento publicado por el Cardenal Garrone en 1976, sobre *La formación teológica de los futuros sacerdotes*, se subrayaba que “los sacerdotes ejercerán su ministerio en una Iglesia en movimiento y en busca de adaptaciones a las nuevas necesidades que emergen en su interior y en el mundo”. Esto le hacía concluir la necesidad de una formación teológica renovada y adaptada a las nuevas circunstancias, despojándose de un sistema repetitivo que se había logrado en la Iglesia durante varios siglos. La novedad de la Iglesia en el contexto de nuestro mundo actual se ha hecho proyecto con el nombre de la Nueva Evangelización. Por eso, la segunda característica que ha de asimilar la formación de los seminarios es la de preparar a los candidatos al sacerdocio como pastores capacitados para impulsar esta Nueva Evangelización en las distintas partes y regiones del mundo.

Pero, ¿nos encontramos ya con alguna orientación específica y segura para implementar este tipo de formación en los seminarios de América Latina? Creo que el propio Juan Pablo II, en su discurso de Haití de 1983, nos ofrece la respuesta a esta pregunta: “Una luz que podrá orientar la nueva evangelización deberá ser la del documento de Puebla, consagrado a este tema, en cuanto impregnado de la enseñanza del Vaticano II y coherente con el Evangelio. En este sentido es necesario que se difunda y eventualmente se recupere la integridad del mensaje de Puebla, sin interpretaciones deformadas, sin reduccionismos deformantes ni indebidas aplicaciones de unas partes y eclipse de otras”. Este tercer aspecto pretende asumir en la formación de los seminarios la originalidad humana y eclesial de América Latina, manteniéndose simultáneamente en estrecha comunión con la Iglesia universal y en la fidelidad al Evangelio.

2.2. Posibilidades del nuevo proyecto de formación autóctona

No es este el momento para desarrollar todas las incidencias que el documento de Puebla debe tener en la renovación de la formación sacerdotal en sus diferentes aspectos. Se trata de un tema demasiado largo y complejo, que nos desviaría en esta exposición de nuestro objetivo principal.

Peró todos sabemos la diferencia que existe entre la proclamación de un proyecto y sus posibilidades reales de realización. Esta necesita un instrumental adecuado o, al menos, en un cierto nivel de desarrollo. Nos preguntamos si América Latina cuenta con una parte suficiente de apoyo. Y mi respuesta es decididamente afirmativa.

Para confirmar mi afirmación sólo voy a hacer un recorrido sumarial de los distintos campos, conectados con la formación sacerdotal, en los que se han hecho importantes aportaciones por los propios latinoamericanos durante estos últimos años.

Sobresalen, en primer lugar, las importantes investigaciones y relecturas de las culturas autóctonas y de la historia del continente durante estos quinientos años. Son estudios que ayudan a los latinoamericanos a encontrar sus propias raíces y el alma de sus pueblos, capacitándolos a una comprensión de las posibilidades y problemas de su realidad actual, tanto a nivel secular como eclesial. En este punto también cobran una peculiar importancia los literatos y poetas de las últimas generaciones, cuyo valor comienza a ser reconocido en todos los niveles internacionales.

Se ha iniciado la difícil búsqueda y creación de una filosofía latinoamericana. Es un campo especialmente complejo, pero que han comenzado a roturar Dussel y Scannone, para sólo mencionar autores más conocidos en los ámbitos europeos.

La floración de teólogos ha sido sencillamente sorprendente. Son tantos que prefiero no citar nombres para evitar el peligro de silenciar a muchos igualmente importantes, aunque no sean tan conocidos en Europa. Ellos han abierto el camino, en medio de muchas dificultades, de la Teología de la Liberación, oficialmente reconocida como una teología auténtica, verdadera y necesaria. También han dado nacimiento a la inédita Teología de la Religiosidad Popular.

Los pastoralistas latinoamericanos prácticamente han reflexionado sobre todos los campos que abarca su especialidad, posibilitando un diálogo con los de los otros continentes.

Hoy comienzan a ser tenidas en cuenta las originales aportaciones de algunos escrituristas, al descubrimos nuevos lugares para poder profundizar en los inagotables misterios de la Palabra de Dios.

Incluso a nivel de textos para los seminaristas, son varias las colecciones que en este momento se están editando en América Latina, en las que se pretende recoger todo el esfuerzo realizado durante los últimos treinta años.

La Iglesia de la pobreza sorprende hoy a las restantes Iglesias con una abundante y original bibliografía, generalmente publicada en pobre papel y en modestas ediciones. Ella constituye parte de los frutos de esta Iglesia de la esperanza.

Más aún, hoy junto a este importante conjunto bibliográfico nos encontramos con un valioso magisterio de las Iglesias latinoamericanas, en el que sobresalen, entre otros, los originales documentos de Medellín y de Puebla, que tanta incidencia han tenido en el magisterio universal de la Iglesia.

Pero no quiero desviar vuestra atención con esta larga y apretada enumeración. Sólo pretendía dar constancia del importante instrumental autóctono que hoy ofrece ya la posibilidad para desarrollar una formación sacerdotal desde la originalidad de sus propias Iglesias y abierta a las necesidades y modo de ser de la población latinoamericana.

De hecho, en la mayoría de los actuales seminarios es fácil el advertir la preocupación por ir integrando esta nueva orientación en todo el proceso de formación de los candidatos al sacerdocio.

3. FORMACION SACERDOTAL EN LA PLURICULTURALIDAD LATINOAMERICANA

Siempre es largo y difícil el proceso de transformación de un sistema de formación. Pero, tratándose de la formación sacerdotal, el problema se hace especialmente complejo cuando ésta tiene que desarrollarse en un contexto pluricultural, en el que coexisten y conviven pueblos muy diferenciales entre sí y celosos por mantener su propia identidad. Este es el caso de América Latina, no siempre fácil de comprender desde nuestra lejanía y realidad europeas.

3.1. América Latina un continente pluricultural

La expresión América Latina engloba realidades muy diversificadas, que sólo pueden ser captadas en su complejidad interna y relacional cuando nos aproximamos a ellas con una positiva preocupación de comprenderlas.

Prescindiendo de las evidentes diferencias nacionales, podemos distinguir en el continente tres amplios sectores tradicionales, a los que en este momento hay que añadir el de la inmigración oriental, que comienza a constituir un nuevo grupo significativo.

El bloque más conocido, y con características de sector dominante, es el criollo-mestizo. Es ampliamente el más numeroso. Es el descendiente de los conquistadores y colonizadores españoles y portugueses, y en él se han ido integrando las posteriores oleadas migratorias europeas que se han dado desde mediados del siglo XIX. En estos ambientes predomina el uso del idioma castellano o del portugués.

Hoy comienza a adquirir relieve el grupo de los aborígenes, integrado por una población que se calcula entre 45 y 50 millones. Son descendientes de los primitivos indígenas. Forman un amplio mosaico integrado por más de seiscientas etnias con sus propias lenguas y dialectos. Todas ellas se encuentran asimiladas en las diferentes naciones, no dándose ningún caso de plena autonomía política.

El tercer grupo está formado por los afroamericanos. Se calculan entre sesenta y cien millones. Son descendientes de los antiguos esclavos importados de distintos pueblos africanos. Sólo han logrado un pequeño estado independiente en Haití. Los demás se encuentran integrados en las diferentes naciones latinoamericanas.

Los actuales movimientos descolonizadores y liberacionistas han ayudado a tomar conciencia de la afirmación de su propia identidad en estos dos últimos grupos, y de sus aspiraciones en el contexto de una convivencia más justa y humana.

3.2. La integración de aborígenes y afroamericanos en la Iglesia

Mediante la actividad evangelizadora desplegada por la Iglesia durante estos quinientos años, desde el descubrimiento de América, amplios y numerosos grupos de aborígenes y de afroamericanos se convirtieron al

cristianismo, pero sin constituir nunca iglesias autóctonas y plenamente inculturadas. En este fenómeno intervinieron diferentes factores, que he tratado ampliamente en un artículo al que he titulado "Inculturación y endoculturación de la Iglesia en América Latina"¹. Aquí sólo quiero recordar algunos aspectos, que nos pueden ayudar a comprender uno de los desafíos más difíciles que hoy se encuentran planteados en los seminarios latinoamericanos.

Es fácil el olvidar que la evangelización de la actual cultura criollo-mestiza se inició hace quinientos años con el trasplante de comunidades cristianas europeas, que progresivamente se acriollaron y mezclaron, pero afirmándose siempre como misioneros, conquistadores y señores, estableciendo su modelo de Iglesia como único, al que tenían que incorporarse los nuevos conversos, considerados, en la práctica, como cristianos de segundo orden.

La evangelización de los aborígenes se inaugura misioneramente por unos invasores que pretenden simultáneamente someterlos religiosamente a la autoridad del Papa, y políticamente al vasallaje de unos reyes desconocidos. Como ha indicado Dussel, se trataba de un sistema misionero sustentado por la expansión de un reino cristiano.

Los afroamericanos, al llegar a las nuevas costas, violenta e injustamente sometidos a esclavitud, van a ser también misioneramente evangelizados por sus nuevos señores y amos, que en ningún momento renuncian al sistema establecido de la esclavitud.

En breves palabras: el método misionero quedó marcado por la orientación colonizadora y transculturadora de la conquista con relación a los aborígenes y a los afroamericanos. Así se cerró la posibilidad de Iglesias originales y autóctonas. El fenómeno más significativo es que la mayoría de estas comunidades plurisecularmente han sido atendidas por misioneros de otra cultura, y los aborígenes y afroamericanos que han llegado a ser sacerdotes han tenido que someterse previamente a un proceso de incorporación a la cultura criollo-mestiza, en el que había cristalizado la Iglesia latinoamericana.

3.3. Hacia las Iglesias pluriculturales

Esta mentalidad y orientación misionera se han mantenido en América Latina hasta hace pocos años. El despertar de los movimientos

¹ *Medellín* 60 (1989) 478-521; *Estudios Eclesiásticos* 255 (1990) 403-442.

descolonizadores, asumidos por el Vaticano II, han puesto en crisis la vieja mentalidad. La Iglesia latinoamericana ha comenzado a buscar nuevos caminos, principalmente a partir del célebre encuentro de Melgar, tenido en 1968. Entre otros objetivos sobresale la necesidad de promover diferentes Iglesias autóctonas con sus propios responsables a todos los niveles.

Las grandes orientaciones se encuentran ya en el decreto *Ad gentes*. Creo que puede ser importante recordar algunas de ellas. Sólo quiero recordar tres principios que me parecen fundamentales.

El primero se refiere al modo cómo la Iglesia debe de hacerse presente en las diferentes culturas y grupos humanos:

"La semilla que es la Palabra de Dios, al germinar, absorbe el jugo de la tierra buena, regada con el rocío celestial, lo transforma y se lo *asimila* para dar al fin fruto abundante. Ciertamente, a *semejanza del plan de la Encarnación*, las Iglesias jóvenes, radicadas en Cristo y edificadas sobre el fundamento de los apóstoles, toman *en intercambio* admirable todas las riquezas de las naciones que han sido dadas a Cristo en herencia. Ellas reciben de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes e instituciones de los pueblos todo lo que puede servir para expresar la gloria del creador, para explicar la gracia del Salvador y *para ordenar debidamente la vida cristiana*" (AG 22).

Segundo principio:

"La Iglesia profundiza sus raíces en cada grupo humano cuando *varias comunidades de fieles* tienen de entre sus miembros sus propios ministros de la salvación en el orden de los obispos, de los presbíteros y diáconos, que sirvan a sus hermanos, de suerte que las nuevas iglesias consigan paso a paso con su clero la estructura diocesana" (AG 16).

El tercer principio es consecuencia de los dos anteriores, y tiene su incidencia inmediata en la formación de los seminarios:

"Armonicéense estas exigencias comunes de la formación sacerdotal, incluso pastoral y práctica, con el deseo de acomodarse al modo peculiar de pensar y de proceder de la gente propia. Abranése, pues, y avivense las mentes de los alumnos para que conozcan bien y puedan juzgar la cultura de su gente; vean claramente las disciplinas filosóficas y teológicas, con las diferencias y semejanzas que hay entre las tradiciones y la religión patria y la religión cristiana. Atienda también la formación sacerdotal a las necesidades pastorales de la región; aprendan los alumnos la historia, el fin y el método de la acción misionera de la Iglesia. Y las especiales condiciones sociales, económicas y culturales de su pueblo" (AG 16).

El gran objetivo, sobre el que se sustentan estos principios, es que la Iglesia por nadie y en ninguna parte pueda ser tenida como extraña².

Podemos afirmar, a partir de estos principios, que primariamente no son los pueblos los que han de incorporarse a un modelo de Iglesia elaborado por culturas extrañas, sino que es la Iglesia la que ha de encarnarse en las diferentes culturas en las que han de surgir los nuevos y autóctonos modelos eclesiales: alemana entre los alemanes, y aymara entre los aymaras.

3.4. Un desafío a la formación sacerdotal en América Latina

Esta nueva orientación de la formación sacerdotal inculturada y pluricultural plantea uno de los más graves desafíos a las Iglesias de América Latina.

Existe un primer aspecto más fácil de enfrentar: la pastoral vocacional orientada a la promoción de sacerdotes aborígenes, afroamericanos y también asioamericanos.

Pero es en el campo de la formación donde se abren las grandes dificultades. En efecto, nos encontramos en un contexto en el que conviven centenares de culturas y pueblos y, en muchas ocasiones, con una mínima distancia geográfica e incluso habitando en espacios comunes.

A esto hay que añadir que, en el decreto *Ad gentes*, claramente aparece que a nivel de formación sacerdotal la formación cultural y la específica sacerdotal no deben situarse entre sí como dos realidades yuxtapuestas, sino en diálogo y estrecha relación:

“Es necesario que en cada gran territorio socio-cultural se promueva la reflexión teológica por la que se sometan a nueva investigación, a la luz de la tradición de la Iglesia universal, los hechos y las palabras reveladas por Dios consignadas en las Sagradas Escrituras y explicadas por los Padres y el Magisterio de la Iglesia. Así aparecerá más claramente por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia, teniendo en cuenta la filosofía y la sabiduría de los pueblos, y de qué modo pueden compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el orden social con las costumbres manifestadas por la revelación divina. Con ellos se descubrirán los caminos para una acomodación más profunda en todo el ámbito de la vida cristiana. Con este modo de proceder se excluirá toda especie de sincretismo y de falso particularismo; se acomodará la vida cristiana a la índole y al carácter

² Cfr. AG 8.

de cualquier cultura, y se agregarán a la unidad católica las tradiciones particulares con las cualidades propias de cada raza, ilustradas con la luz del Evangelio" (AG 22).

También hay que tener en cuenta que, en general, las diferentes culturas latinoamericanas no han vivido en el aislamiento sino en un doloroso encuentro, que no ha de ser desconocido por los futuros sacerdotes, y que los contactos, en el momento actual, son cada vez más profundos y penetrantes. Las Iglesias autóctonas no deben impulsar una política de reservas y aislamiento, aunque sí de afirmación de identidad de cada pueblo, pero abierto al diálogo y la comunión con los otros. Por una parte, el sacerdote nativo tiene que "conocer su cultura, restaurarla y conservarla, desarrollarla según las nuevas condiciones y por fin, perfeccionarla en Cristo" (AG 21). Pero, por otra parte, ha de evitar en su pueblo "el desprecio de las otras razas, el nacionalismo exagerado, promoviendo el amor universal de los hombres" (AG 15).

Dejo aquí solamente planteado el problema, para el que se están buscando diferentes soluciones en el Seminario de Guatemala, el seminario de Misiones de Bogotá, en el Centro de Estudios Teológicos de Cochabamba y en otros muchos lugares.

3.5. Formación sacerdotal en la cultura de la pobreza

La opción preferencial por los pobres de las Iglesias latinoamericanas, y las actuales investigaciones de la antropología cultural han llevado al descubrimiento de la denominada por Oscar Lewis "cultura de la pobreza".

La visualización de los pobres desde la cúspide de la sociedad y la manipulación académica del concepto de cultura, habían conducido a identificar el mundo de los pobres con el de la incultura. Hoy podemos afirmar que en las masas pobres y empobrecidas se abre una mentalidad, una óptica, un estilo de vida, una actitud ética que integran una cultura original y específica, la cultura de la pobreza.

Esta cultura tiene una especial importancia y extensión en América Latina, ya que amplísimos sectores de su población la viven por encontrarse sumergidos incluso en los niveles que han sido calificados de pobreza absoluta.

Muchas de las vocaciones sacerdotales en América Latina proceden de dicha cultura y tenderán que desarrollar su ministerio en ella. En su ambiente siguen creciendo numerosas comunidades eclesiales, especialmente bajo el modelo de comunidades eclesiales de base.

El descubrimiento de esta nueva realidad cultural abre nuevos cuestionamientos a los teólogos y a la vida y formación en los seminarios.

En el campo de la investigación teológica ya se ha entablado el diálogo entre esta cultura y la palabra revelada por Dios. Baste recordar los importantes avances que, en el campo de la Escritura, ha promovido Carlos Mesters, para mencionar al menos un ejemplo.

Pero a nosotros nos interesa subrayar la importancia que tiene que el candidato al sacerdocio conozca en profundidad dicha cultura, no la pierda o la consiga asimilar e internalizar, y se prepare para promover una Iglesia que se encarna en ella, de tal manera que los pobres no lleguen a considerarla como extraña³ sino como propia, de tal manera que puedan decir con toda verdad "nuestra Iglesia de los pobres", recordando en su más radical sentido la conocida expresión de Juan XXIII.

Nos encontramos ante una cuestión que enfrenta no sólo el estilo de vida de los seminarios sino también la orientación en su formación espiritual e intelectual.

4. FORMADORES EN LOS SEMINARIOS DE AMERICA LATINA

Cualquier tipo de formación tiene necesidad de formadores bien preparados, clarificados y sintonizados con los objetivos propuestos, y capaces de compartir solidariamente el proceso que han de seguir los formandos. Estas características generales de los formadores han de tener una peculiar relevancia en los formadores de los seminarios, sobre todo en una época en la que la formación es simultáneamente el esfuerzo constante de abrir nuevos caminos que respondan a problemas que anteriormente ni siquiera se habían propuesto, o que incluso una vez propuestos todavía no se tienen las adecuadas respuestas. Por nuestras reflexiones anteriores se pueden comprobar que nos estamos refiriendo a situaciones reales.

4.1. Ante el incremento de las vocaciones y las exigencias de la inculturación

Curiosamente con frecuencia el despliegue de nuevos horizontes de esperanza suelen quedar compensados con el realismo de la dificultad de

³ Cfr. AG 21.

poderles dar respuestas inmediatas y plenamente satisfactorias. Ese es nuestro caso.

El incremento constante y acelerado de los candidatos al sacerdocio, que se está produciendo en América Latina, exige cada vez más formadores que puedan dedicarse a ellos con solvencia. Suele ser una queja muy frecuente los pocos formadores de los que disponen las diócesis, dada la carencia de clero y las múltiples necesidades que no pueden ser abandonadas. El problema aumenta cuando hoy aparece con claridad la necesidad de la desmasificación de los seminarios e incluso de que la formación no se realiza en zonas demasiado alejadas de la propia realidad.

Pero no sólo se da el problema de solucionar el número adecuado. Para una formación más inculturada se necesita que los formadores, al menos mayoritariamente, sean nativos. Sobre este punto hoy existe una clara conciencia en toda América Latina, y se están realizando extraordinarios esfuerzos, de tal manera que en algunos países este tema se encuentra prácticamente resuelto. Muchos problemas de algunos seminarios latinoamericanos sólo podrán encontrar su adecuada solución en la medida que sean orientados por buenos formadores nativos.

Cuando los formadores tienen que ser extranjeros, aunque se encuentren perfectamente formados en sus propias disciplinas, antes de incorporarse deberían poner en práctica los consejos que el decreto *Ad gentes* ofrece a todo misionero:

"El que haya de ir a un pueblo extranjero aprecie debidamente su patrimonio, sus lenguas y sus costumbres, y añada que conozcan ampliamente la historia, las estructuras sociales y las costumbres de los pueblos, estén bien enterados del orden moral, de los preceptos religiosos y de su mentalidad acerca de Dios, del mundo y del hombre, conforme a sus sagradas tradiciones. Aprendan las lenguas hasta el punto de poderlas hablar con soltura y elegancia y encontrar con ello una más fácil penetración en las mentes y en los corazones de los hombres. Han de ser introducidos, además, como es debido, en las necesidades pastorales características de cada pueblo" (AG 26).

Es una catástrofe cuando los formadores desconocen el mundo del que proceden los seminaristas, o cuando carecen de la clarificación necesaria de lo que significa situación de subdesarrollo y exigencias de un desarrollo integral. Nadie puede ser formado en América Latina sin haberse dejado formar previamente por los propios latinoamericanos.

4.2. Actualización de la formación de los formadores

Las exigencias actuales de la formación sacerdotal, que analizábamos anteriormente, exige en los propios formadores una constante actualización de su formación, de los objetivos concretos por los que se debe orientar, y de los métodos más adecuados que ha de emplear.

En este punto la OSLAM está desarrollando una gran labor en toda América Latina, especialmente a través de sus encuentros y de los numerosos cursos que todos los años imparte para los formadores y profesores de los seminarios.

En estos encuentros se van estudiando todos los temas anteriormente propuestos. En los cursos se ayuda a los que inician su actividad de formadores y a los que llevan muchos años, y corren el peligro de la rutina o del anquilosamiento.

También cumple en este campo un importante papel el Instituto Teológico-Pastoral de América Latina (ITEPAL), establecido en Bogotá.

5. UN HORIZONTE DE ESPERANZA

Hoy podemos afirmar que las perspectivas del clero nativo de América Latina son esperanzadoras, de tal manera que desde su pobreza ya ha comenzado a enviar misioneros a otras Iglesias más necesitadas.

Es necesario un impulso en las vocaciones procedentes del mundo aborigen, y continuar el que se está desarrollando en el ámbito afroamericano. Ya nos encontramos con algunas vocaciones también en el sector asioamericano.

Hay que continuar el proceso de renovación de la formación sacerdotal, que ha recorrido un largo camino, pero que ha de enfrentar problemas urgentes pero de difícil y todavía poco clara solución.

El futuro es esperanzador, porque nos movemos en el contexto de unas iglesias vivas, impulsadas por un nuevo Pentecostés, como el que soñaban los "Doce" frailes de México al comienzo de la primera evangelización.